

Estoy en el Mediterráneo, y en un lugar —la Manga del Mar Menor— que es, principalmente, la obra heroica, admirable, tenaz, de un hombre: Tomás Maestre Aznar. Es, como se sabe, una franja larga de tierra, que parte el mar en dos, que recibe la denominación de Mar Menor y Mar Mediterráneo. He presenciado esta lucha de Tomás Maestre Aznar desde hace muchos años, cuando esto no era otra cosa que la propia franja de tierra. Lo que me sorprende es que este esfuerzo gigantesco de un hombre, al que un día habrá que hacer un reconocimiento público —y cualquiera que sean los avatares de su refriega— no tenga un acompañamiento oficial o de Gobierno, en obras y en acciones, aunque pueda registrarse alguno, y en virtud de que es un lugar originalísimo de nuestro turismo, con gran recepción de nacionales y extranjeros. Y una vez que dispuse mis ojos sobre el Mar Menor, puesto que otras cosas difícilmente voy a poner, me encuentro con una serie de artículos de Antonio García Trevijano en los que hace historia sobre la transición española hacia la democracia, y con una actitud clara respecto a qué se hizo mal. Efectivamente, Antonio García Trevijano fue uno de los grandes conspiradores de aquellos años contra el régimen del general Franco; hasta era el máximo rector de un periódico diario prestigioso, "Madrid", que fue cerrado y que ahora, según mis noticias, se dispone a salir, antes de fin de año. No me llevé bien en aquel tiempo con Antonio García Trevijano, y hasta me puso verde en una célebre rueda de prensa. Yo quería salvar "Madrid" sin García Trevijano, y a favor de redacción y de trabajadores, y levantó las patas por alto. Luego nos reconciamos, y fue quien me llevó a dirigir el periódico "Informaciones", en una simple aventura, por mi parte, de partisanismo, frente al poder del centrismo, que hacía todo lo que estaba a su alcance para cerrarme la boca, o cortarme la lengua.

RUPTURA Y REFORMA

La tesis de Antonio García Trevijano es que se hizo reforma en lugar de haberse hecho ruptura. Lo que se tenía que haber hecho —a su juicio— era la formación de un Gobierno provisional, la derogación de todas las leyes políticas del antiguo régimen, y sus propias características en cuanto a central, autonómico o federal, y las elecciones generales como final del proceso constituyen-

En el ajetreo diario

Dicen que el tiempo todo lo borra. Y en la mayor parte de los casos es así. Sin embargo, en ocasiones el



La historia no se fabrica

te del nuevo Estado. Esto era una utopía tan grande como una catedral. García Trevijano sostiene que los partidos de la oposición —en la clandestinidad— no se hicieron a las masas, y sus dirigentes se dejaron engatusar por Suárez en aquello que fue, al final, una ruptura pactada. Así es que García Trevijano sostiene todavía que los personajes españoles de la Junta de París y los de la Plataforma —que luego sería Platajunta— eran suficientes para realizarlo todo. Sorprende que un hombre con el talento de Antonio García Trevijano diga estas cosas. Todo aquello sucedió, el paso de la dictadura a la democracia, por la decisión de un Rey y el prodigio de sus colaboradores. Las Fuerzas Armadas harían lo que el Rey dijera, puesto que era su jefe supremo, y después de todo lo que había en el país, de masas o de fuerzas, no eran solamente las de la izquierda, sino las del franquismo y las de una derecha que hacía su reforma hacia la democracia. Aquí no comulgaban todos con don Santiago Carrillo, con don Felipe González, y con el resto de "Conspiradores de salón" que formaban la Platajunta.

Esa fotografía célebre de París donde acompañan a Carrillo, Rafael Calvo Serer, Antonio García Trevijano y Vidal Beneyto, no era representativa de una titularización de fuerzas nacionales, como tampoco lo era esa otra imaginaria frecuente de los socialistas con sus famosas damitas del oeste y sus barbas de luchadores clásicos. España era algo de todo eso, y otras muchas cosas más. Lo que se exigía entonces era aquello de la "reconciliación", y no del asentamiento en el poder, de un brillante grupo de conspiradores.

SE HIZO BIEN

El puro suceso de la transición, con el Rey como empresario, con Torcuato Fernández Miranda como autor, y con don Adolfo Suárez como actor, fue bueno. Lo que pasó luego fue el ostracismo de Fernández Miranda, y

la imposibilidad de Adolfo Suárez para gobernar su rebaño. En las primeras elecciones generales quedó muy clara la disposición electoral de los españoles. Eran importantes dos grandes fuerzas: la izquierda representada por el socialismo, y otra que aglomerara una derecha de nueva imagen, democrática y moderna, el centrismo, que era la evolución de la derecha para asumir los mandamientos de la época. El Partido Comunista, a quien tanto cuidó Antonio García Trevijano, era un simple partido residual, sencillamente porque la España actual no tiene nada que ver con la Rusia zarista de 1917. En el supuesto de que en aquellas elecciones generales de 1977 hubieran ido juntos el centro y la derecha, habrían tenido la mayoría absoluta y la iniciativa en la redacción de la Constitución. El problema no era otro que una incompatibilidad entre los hombres de uno y otro lugar. Así es que la Platajunta no era la representación política de "Toda España", y estaba inhabilitada para hacer una ruptura total. Tenía que hacerse lo que se hizo: una ruptura pactada.

MONARQUÍA Y REPÚBLICA

Plantearse en aquel tiempo el tema de la forma del Estado, cuando solamente se podía hacer el cambio, mediante la disposición del Rey Juan Carlos, era un desconocimiento profundo de lo que sucedía, aunque fuera un tema precioso de conspiración. El Rey fue el auténtico restaurador de la democracia, y la única posibilidad del regreso de los socialistas y de los comunistas. Nadie se mete en una operación de esta naturaleza para perder. El Rey quería alcanzar "la monarquía de todos", y no la república de varios. Y lo hizo de manera taumaturgica, como únicamente se podía hacer aquello. Una ruptura violenta, de acuerdo con el programa de los conspiradores, habría sido atroz. El objetivo era la construcción de la democracia. Pues ahí está. Más tarde tuvo ocasión de defenderla en un momento grave. Y cuando, finalmente, tiene lugar el proceso constituyente, y aprueban todos una Constitución, aparece en ella la monarquía, que el pueblo refrenda con sus votos. Yo comprendo la intención intelectual de Antonio García Trevijano, y sus planteamientos filosóficos e históricos, pero la política es mucho más sencilla, menos divagatoria, más sorprendente, y jamás se encontrará en los manuales de los filósofos. Maneja a uno, a Thomas S. Khun. Es demasiado. Todo lo que pasó aquí fue más sencillo y comprensible. Era nuestra realidad.

Emilio RÓMERO